

## PREFACIO

**L**o asombroso de los libros es que cobran vida propia. Los escritores creen que saben lo que están haciendo cuando se sientan a redactar una nueva obra, y supongo que así es, hasta que ponen el último signo de puntuación en la frase final. La mayoría de las veces, ese signo es un punto. Pero debería ser una interrogación, porque nadie sabe qué ocurrirá de ahí en más.

El típico ejemplo es el del escritor cuyo libro hace un ruido sordo al publicarse. Pensemos en Herman Melville o en F. Scott Fitzgerald. Melville debió de creer que, tras encontrar un gran público con sus novelas anteriores, la loca persecución de la ballena blanca sería un exitazo. Pero no. Tampoco lo fue el relato de Fitzgerald sobre un soñador romántico que trataba de reescribir el pasado. *El gran Gatsby* es mucho más sutil, mucho más perceptivo en cuanto a su contexto histórico y a la naturaleza humana que sus libros anteriores, de manera que resulta casi inconcebible que su enorme público le diera la espalda. Al mismo tiempo, quizá lo hiciera por eso mismo. Predecir correctamente una calamidad inminente se parece mucho al exceso de pesimismo... hasta que llega el desastre. La humanidad, como observó un contemporáneo de Fitzgerald, T. S. Eliot, no soporta demasiada realidad. En cualquier caso, Fitzgerald vivió lo necesario para ver cómo sus libros se descatalogaban y se reducían casi a la inexistencia. Al mundo le tomó una generación más descubrir la verdadera grandeza de *El gran Gatsby*, y tres o cuatro veces ese tiempo reconocer que *Moby Dick* es una obra maestra.

También se habla, por supuesto, de inesperados *bestsellers* que no paran de vender, así como de éxitos relámpago que, tras el fogonazo inicial, se desvanecen sin dejar rastro. Pero las historias que cautivan nuestra atención son las del tipo Moby-Gatsby. Si alguien quiere

saber qué piensa el mundo de un escritor y sus obras, que vuelva a preguntarnos en unos doscientos años o así.

No todas las historias de altibajos editoriales son tan adversas. Todos tenemos la esperanza de encontrar un público –cualquiera sea– y creemos tener cierta idea de quién será. A veces acertamos, a veces nos llevamos un chasco. Lo que sigue es una especie de confesión.

Los agradecimientos suelen ponerse al final de un libro. Quisiera darle las gracias aquí, sin embargo, a un grupo cuya ayuda ha sido enorme. De hecho, sin sus integrantes, esta revisión hubiera sido imposible. Hace más o menos una docena de años, cuando redacté el original de este libro, tenía bastante claro quién sería su público. Era una alumna mayor de treinta y siete años que retomaba los estudios, quizá divorciada, quizá una enfermera que se veía obligada a pasar exámenes por los cambios en las reglas de la profesión. Ante la posibilidad de estudiar para una licenciatura, decidía hacer por una vez lo que le gustaba y tratar de sacar un título en literatura. Siempre había sido una lectora seria, pero sentía que estaba perdiéndose algo en su trato con la literatura, un secreto profundo que sus profesores conocían pero no le habían transmitido.

Creen que lo digo en broma, ¿no? Nada de eso. Como profesor en la sucursal de una universidad famosa, la conocí, a ella o a su equivalente masculino, el tipo (por lo general, hombre, aunque también hay mujeres en esta situación) que ha sido despedido de la fábrica de General Motors, una y otra vez. Y otra. Una de las ventajas de dar clase en la universidad de Michigan-Flint, y no en la universidad de Michigan, es que uno se relaciona de manera incesante con estudiantes adultos, muchos de los cuales están ávidos de conocimientos. También tengo muchos de los típicos alumnos universitarios, pero los alumnos menos tradicionales me han enseñado un par de cosas. Primero, nunca dar por supuesto nada en cuanto a los antecedentes de cada uno. He tenido alumnos que habían leído todo Joyce o Faulkner o Hemingway, y a uno que había leído más novelas checas de las que tengo la esperanza de terminar alguna vez, y también alumnos que solo habían leído a Stephen King o Danielle Steel. Me he encontrado con fanáticos de Hitchcock y devotos de Bergman y Fellini, y con

otros que creían que *Dallas* era puro arte. Y nunca se sabe quién es quién.

Segundo, explicarse. Los alumnos adultos esperan, y a veces lo dicen más abiertamente que sus compañeros más jóvenes, entender cómo se hace el truco. Ya me tomen por un sumo sacerdote o un sumo charlatán, quieren saber cómo funciona la magia, de dónde saco mis a veces muy personales lecturas.

Y, tercero, enseñar estrategias para luego apartarse. Una vez que enseñé a los alumnos mayores cómo trabajo con los textos, me hago a un lado. Esto no se debe a los prodigios de mi enfoque o mi enseñanza; principalmente, lo que ocurre es que le doy validez a una manera de leer que les da permiso para ir por libre, y ellos sienten esa libertad. Los alumnos más jóvenes también, pero a menudo se inhiben más, pues se han pasado la vida en aulas. No hay nada como tener que arreglárselas solo para adquirir confianza intelectual en uno mismo.

¿Son todos los alumnos mayores unos genios? No, aunque unos pocos quizá sí. Tampoco son todos intelectuales tapados, por más que unos cuantos ya lo son: aquellos que reciben el apodo de “Profesor” porque los ven leer libros durante la hora de almuerzo. Pero, cualquiera sea su inteligencia, me dan aliento y me enseñan mientras yo hago lo propio en el aula. Así que supuse que habría muchos más como ellos fuera. Y para ese grupo escribí este libro.

Vaya si me equivoqué. Aunque también acerté. He recibido mensajes de varios alumnos mayores, algunos de los cuales entran en la categoría de más arriba, otros que habían estudiado literatura en la facultad pero que tenían la sensación de que aún les faltaba algo, de que se habían perdido algún elemento clave de los estudios literarios. Cada tanto me llegaba un correo electrónico de uno de esos lectores. Más tarde, como a los dos años de publicado el libro, el carácter de las misivas fue cambiando. Empecé a recibir mensajes de profesores de literatura de instituto. No a menudo, pero con cierta frecuencia. Y unos seis meses después, mensajes de alumnos de instituto. Los profesores rebosaban de elogios, la mayoría de los alumnos también, con los suficientes correos hostiles como para que me diera cuenta de que

no me estaban tomando el pelo. En uno de los correos que pueden reproducirse, una alumna me dijo: «No sé a qué viene tanta alharaca. Todo lo que está en su libro lo aprendí en segundo de secundaria». Le dije que me gustaría estrecharle la mano a su profesor de entonces. Y que no le iba a devolver el dinero. Más o menos por aquella época me enteré por vía indirecta de que se hablaba de mi libro en sitio web para profesores de literatura de escuelas secundarias de excelencia.

Desde entonces, he tenido la suerte de relacionarme con profesores y alumnos de todo el país. He recibido todo tipo de preguntas, desde: “¿Qué ha querido decir con X?”, hasta: “¿Puedo aplicar tal noción a tal libro que usted no menciona?” o: “¿Podría echar un vistazo al resumen de mi tesis (o mi monografía entera)?”. Las dos primeras son geniales, la última no tanto, pues me pone en una posición ética incómoda. Aun así, es halagador que los alumnos se fijen de un extraño hasta el punto de hacerle esas preguntas.

También he interactuado con muchos de ellos de manera directa. Visito unos cuantas clases por año para charlar con los alumnos sobre el libro y sobre cómo lo usan. Disfruto mucho con estas visitas, que casi siempre me deparan una o dos excelentes preguntas. Ni que decir tiene, las visitas en persona se circunscriben a los sitios a los que puedo llegar en pocas horas en coche, aunque una vez me aventuré hasta Fort Thomas (Kentucky). También, gracias a los prodigios de la era digital, he podido comunicarme con los alumnos de manera electrónica. Diane Burrowes, la reina del marketing académico en HarperCollins, pasa noches en vela tramando nuevos y extraños planes para que yo, o al menos una versión pixelizada de mi persona, visite aulas en lugares que van desde New Jersey a Virginia o Flagstaff (Arizona). Y por supuesto la creación de plataformas como Skype ha hecho que esas visitas sean casi corrientes.

Lo que me más ha asombrado en los años subsiguientes es la incesante inventiva de los profesores de literatura de secundaria en general y los de clases de excelencia en particular. Han descubierto maneras de usar este libro que no se me ocurrirían aunque diera clases con él durante durante mil años. En una clase, se le asigna un capítulo a cada alumno; si Sam está a cargo de lluvia y nieve, dibuja

un póster que explica los elementos significativos del capítulo, y cada vez que una lectura trae precipitaciones, Sam se presta a hablar de lo que ello implica. Sospecho que le ha tocado un encargo difícil y que tiene que esforzarse más que casi todos los otros, pero quizá le guste la tarea. En otra clase, los alumnos se agrupan para rodar cortometrajes, y cada película tiene que incorporar al menos un elemento del libro. A finales de año, celebran un remedo de los Oscars, incluso con esmoquins y estatuillas (trofeos deportivos usados, según me dicen). ¿No es estupendo? Lo que más me gusta de estos planes es el grado de libertad que les dejan a los alumnos. Se me ocurre que uno de los atractivos del libro es que carece del aparato de un manual, lo que permite a los maestros hacer con él lo que les plazca; y en efecto hacen todo tipo de cosas distintas. Además, muchos de ellos transmiten esa apertura a sus alumnos, alentándolos a ser creativos ante el texto y sus propias percepciones.

¿Reside allí la clave de la popularidad de la que goza el libro entre los profesores? No lo sé. Me asombró enterarme de que habían adoptado el libro en algunos cursos, pues mis ideas se organizaban sin ton ni son y giraban en torno a la total ausencia de ornato académico (cosas como notas, glosas y preguntas al final de los capítulos, lo cual, dicho sea de paso, siempre he odiado). Agrupé las cuestiones de la manera que a mí me parecía correcta, pero eso no equivale a que tengan sentido en un aula. De hecho, no estoy seguro de qué tendría sentido en un aula, pues nunca he usado, ni usaría nunca, el libro en uno de mis cursos. ¿Qué les parece eso como confesión? Lo que me impide utilizarlo no es un exceso de modestia, algo de lo que nunca se me ha acusado. La razón es más práctica. Este libro contiene la mayoría de mis percepciones literarias y todos mis chistes. Si lo pusiera en la bibliografía, me quedaría sin nada que hacer. El objetivo de la educación es llevar a los alumnos hasta el punto en que ya no te necesitan; en esencia, volver tu trabajo innecesario... Pero una jubilación así sería más abrupta de lo que preferiría.

Cuando me enteré de que los profesores estaban recomendando el libro como lectura de verano, me sorprendió muchísimo. Que encontrara acogida en escuelas secundarias honra la creatividad y la inteli-

gencia de los profesores de instituto. Hacen su trabajo en una época en que, según nos dicen, ya nadie lee, pero de alguna manera se las apañan para inculcar a sus alumnos el amor por la lectura. Trabajan a destajo, evaluando los deberes de hasta 150 alumnos por vez, un volumen que de solo pensarlo dejaría mareados a la mayoría de los profesores universitarios. Se les respeta poco y no cobran lo suficiente por el trabajo notable que hacen. Uno de mis colegas más maliciosos, que ha notado mis frecuentes visitas a las aulas de instituto, dice que yo podría elegir un puesto en la escuela secundaria de Estados Unidos que más me gustara. Por supuesto, se equivoca. Yo sería incapaz de seguirle el ritmo a la gente que ya está allí.

A los profesores de literatura que han hecho un éxito de *Leer como un profesor*, solo puedo transmitirles mi más profundo agradecimiento. El hecho de que este libro se encuentre disponible, por no hablar de que haya podido revisarlo, es su culpa. No puedo darle las gracias a cada uno individualmente, pero quisiera dárselas a algunos representantes de la tribu: a Joyce Haner (ahora jubilada) de Okemos High School (Michigan), por las muchas veladas que pasamos charlando, por raro que suene, en fiestas de equipos de softball, además de por ser la primera profesora de Michigan que me dio la bienvenida; a Amy Anderson y a Bill Spruytte de Lapeer East High School (Michigan); a Stacey Turczyn de Powers Catholic High School en Flint; y a Gini Wozny de Academy of Redwoods en Eureka (California), todos los cuales me hicieron llegar sus recomendaciones y sugerencias —así como las de sus alumnos— para esta nueva edición. A lo largo de los años, literalmente docenas de otras personas me han hecho sugerencias de viva voz o por correo electrónico; a cada uno de ellos, muchísimas gracias. Lo que hacen es mucho más importante que cualquier libro.

Los cambios introducidos en esta edición son modestos aunque, espero, significativos. Lo más significativo, para mi tranquilidad de espíritu, es que he podido quitar o corregir dos o tres errores garrafales. No, no diré cuáles. Ya bastante fue tener que vivir con ellos como para encima divulgar mis disparates. Y hay unos cuantos detalles de acabado que pude resolver: pequeñas cuestiones de gramática y orto-

grafía, repeticiones innecesarias de palabras o frases, alguna elección verbal poco feliz aquí o allí, las engorrosas cuestiones habituales que hacen tan difícil leer tu propio trabajo y que te llevan a pensar: “Sin duda podría haberlo hecho un poco mejor”. Pero también hay cuestiones de contenido. Casi todo el mundo consideró que el capítulo sobre la forma del soneto no encajaba con el resto del volumen. Trataba sobre forma y la estructura, en realidad, mientras que el resto del libro trata sobre el sentido figurado y el modo en que el sentido se desvía a partir de un objeto o acción o hecho que se encuentra en la superficie hacia otra cosa o nivel. A quienes, como a mí, siempre les haya gustado ese capítulo: no hay nada que temer. Estoy planeando un análisis de poesía, muy probablemente en formato de libro digital, así que ese capítulo quizá reaparezca en un par de años. Los capítulos sobre enfermedades, cardíacas y de las otras, han sido acortados y refundidos; me pareció que allí el texto se hacía demasiado largo.

En su lugar, he agregado un capítulo sobre la caracterización y sobre el peligro de ser amigo de los protagonistas para la salud de los secundarios. También hay un nuevo análisis de los símbolos públicos y privados. Una de las tesis centrales del libro es que existe una gramática universal de imaginaria figurada; que, en efecto, gran parte de la fuerza de las imágenes y los símbolos procede de la repetición y la reinterpretación. Como es natural, sin embargo, los escritores se la pasan inventando metáforas y símbolos nuevos que a veces se repiten en su obra, o que aparecen una sola vez sin que vuelva a saberse de ellos. En cada caso, necesitamos estrategias para lidiar con estas anomalías, así que intento brindarlas.

También he incluido, a manera de introducción a la confianza analítica, una reflexión sobre cómo hacerse cargo de la propia experiencia de lectura, cómo entender la importancia del lector en la creación del sentido literario. Me resulta sorprendente que, incluso mientras crean activamente sus lecturas propias, los alumnos y otros lectores puedan seguir teniendo una visión esencialmente pasiva de la experiencia de los textos. Es hora de que reconozcan sus propios méritos.

Desde luego, la literatura es un blanco móvil, y se han publicado miles y miles de libros desde que este apareció hace unos diez años.

Aunque no sea necesario revisar las referencias y ejemplos de una edición a otra, he incluido algunas citas de publicaciones más recientes. En los últimos años ha habido innovaciones estupendas en poesía, narrativa y ensayo, incluso para aquellos a quienes no nos fascinan los vampiros adolescentes ni las novelas de Jane Austen plagadas de monstruos ni las adaptaciones parasitarias. *La esposa del primo segundo de Mr. Darcy se rompe una uña*. Cosas así. Contra esas tendencias, sin embargo, destaca la aparición de nuevos talentos, así como las obras de maestros consagrados de varios géneros, escritores tan diversos e interesantes como Zadie Smith, Monica Ali, Jess Walter, Colum McCann, Colm Tóibín, Margaret Atwood, Thomas Pynchon, Emma Donoghue, Lloyd Jones, Adam Foulds, Orhan Pamuk, Téa Obreht y Audrey Niffenegger. Y eso por solo hablar de novelistas. Ha habido sorprendentes descubrimientos y dolorosas pérdidas. A veces oímos hablar de la muerte de la literatura o de este o aquel género (la novela es una de las cabezas de turco favoritas), pero la literatura no muere, como tampoco “progresa” ni “decae”. Aumenta, se expande. Cuando nos parece que se ha estancado o avejentado, por lo general solo quiere decir que no estamos prestando suficiente atención. Ya se trate de la historia nunca contada de la esposa de un escritor famoso o de los recién llegados de otra raza a una Gran Bretaña en transición, o a Estados Unidos, o de un niño en un bote salvavidas con un tigre o de un tigre en una aldea de los Balcanes o de un hombre caminando por un cable tendido entre las Torres Gemelas, se siguen contando nuevos relatos, y viejos relatos con arrugas nuevas. Ver qué ocurrirá a continuación es una buena razón para levantarse por la mañana.

Hablando de agradecimientos, quisiera expresar mi gratitud para con un colectivo que tiene una importancia capital. Los estudiantes me inspiran cada vez que me encuentro con ellos. Desde luego, en mi trabajo trato frecuentemente con alumnos universitarios, tanto de grado como de posgrado, y esas interacciones han sido enriquecedoras, plenas, frustrantes, edificantes, decepcionantes y a veces directamente milagrosas. Los alumnos de literatura son buena parte de ese colectivo, pero gracias a los magníficos requisitos de la educación general, he tenido mucho trato con alumnos de otros campos (los biólogos son



de mis favoritos), que inevitablemente aportan diferentes habilidades, actitudes y preguntas. Me hacen prestar atención.

En los últimos diez años, también he tratado mucho con alumnos de secundaria: una experiencia que ojalá todo el mundo pudiera tener; no solamente con jóvenes en edad de ir al instituto, sino con los adolescentes en el papel de alumnos. Sobre ese grupo se ha dicho y escrito mucho, mayormente de cariz negativo: no leen, no saben escribir, no les importa el mundo que los rodea, no saben nada de historia ni de ciencia ni de política ni, en fin, de nada. En otras palabras, lo que se ha dicho sobre los adolescente desde que yo era uno. Y desde mucho tiempo antes. Estoy seguro que un día desenterraremos una tablilla de arcilla o un rollo de papiro que exprese exactamente esas opiniones. Y por cierto que algo de eso hay, siempre lo ha habido. Pero lo que he aprendido sobre los alumnos de secundaria, en mi trato personal o por correo electrónico con ellos, es lo siguiente: son atentos, interesados e interesantes, curiosos, rebeldes, previsores, ambiciosos y trabajadores. Cuando tienen la oportunidad, muchos eligen las mayores cargas de trabajo y exigencias de las clases avanzadas, aunque haya cosas más fáciles. Son lectores. Muchos leen –y muchos leen en grandes cantidades– más allá del plan de estudios. Escriben. No pocos aspiran a escribir de manera profesional. Cuando se les dice que es casi imposible vivir de la escritura, y que probablemente sea cada vez más difícil, aun así aspiran a convertirse en escritores. Lo sé por todas las preguntas que me hacen en las conversaciones que tenemos. Y siempre que haya jóvenes interesados en el lenguaje, en las historias, en la poesía, en escribir, habrá literatura. Puede que se traslade a ámbitos digitales, puede que vuelva a los manuscritos hechos a mano, puede que se manifieste en novelas gráficas o en pantallas, pero seguirá creándose. Y leyéndose.

Hace un par de años di una charla con lectura incluida en Grand Rapids. Algunos alumnos de la zona asistieron al evento para que les firmara libros. No el libro que acababa de publicar, sino el que les habían asignado el año anterior, en tercero de secundaria. Este libro. Para entendernos, el evento tuvo lugar al término del año escolar, así que nadie les daba puntos extra por asistir. Estaban allí porque les

había encantado la clase de literatura, lo que en realidad quiere decir que les había encantado el profesor o profesora que había impartido clases geniales, y porque el autor del libro estaba a) en Michigan, b) en el pueblo de ellos y c) vivo. Esto último me convertía en una rareza entre las lecturas de secundaria. Los libros estaban usados. Con muchos subrayados, el lomo agrietado y las cubiertas manoseadas. Un par de ellos parecían haberse caído bajo una aplanadora. De distintas formas, varios de los chicos me hicieron una declaración como la siguiente: “Se me cayó el alma al suelo cuando vi que nos habían asignado un libro sobre la lectura, pero resultó ser bastante guay / nada malo / bueno”. Y me dieron las gracias. *Ellos* me dieron las gracias a mí. Casi se me saltan las lágrimas.

Ante algo así, ¿cómo no estar agradecido?